

EL COMPROMISO MISIONERO EN LA MISION AD GENTES Y LA NUEVA EVANGELIZACION. INTRODUCCION A SU ESTUDIO

P. Vito Del Prete, P.I.M.E.
Secretario General de la Pontificia Unión Misional
Director del Centro Internacional de animación Misionera

Gracias por haberme dado la posibilidad de participar en esta jornada de estudio. Estoy seguro de que el estudio teológico–misionológico de esta vuestra universidad será muy enriquecedor para mí. Debo confesarles que desde hace años mi único interés es el de la formación misionera del clero, de los religiosos y de las religiosas, de los institutos teológicos y de Pueblo de Dios comprometido en la evangelización directa. En esto me ha ayudado mi experiencia misionera en Bangla Desh y, en general, en el sudeste asiático, como la India y Camboya, y el servicio de encargado de la formación en casi todos los continentes. Actualmente, como Secretario General de la Pontificia Unión Misional, y Director del Centro Internacional de Animación Misionera, me mantengo continuamente en contacto con las realidades eclesiales en todo el mundo, por cuanto se refiere al sector formativo.

Por estas razones, el estudio de la misión se ha convertido casi en una idea fija, lo que es realmente peligroso, porque corro el riesgo de juzgar el ser y el actuar de la Iglesia bajo este único aspecto, y solamente a través de esta óptica.

La evangelización se presta a este peligro, porque es el principio primero, sencillo, de referencia, según el cual la Iglesia, cualquier Iglesia, o es misionera, o no es la Iglesia de Cristo, y que, precisamente, toda la Iglesia se edifica o se derrumba sobre la misión evangelizadora.

Estos son los datos adquiridos de todo el Pueblo de Dios. Si nuestras comunidades han perdido la ilusión por una cierta situación estática de la Iglesia y son escépticas sobre su dudoso testimonio, sin embargo, todavía en la actualidad se sienten atraídas por el movimiento misionero, que ha llegado a ser fuerte, extendido y atrayente. Se ha dicho que si se quiere infundir vitalidad a las comunidades cristianas moribundas, no se debe refinar la liturgia, remodelar la catequesis, sino poner la evangelización en lo más alto de los pensamientos, como el paradigma, que debe dar forma, y hacia la que debe dirigirse toda la actividad de la Iglesia. La evangelización, en realidad, no solamente es el punto de llegada, sino el punto de partida de la existencia pastoral de la Iglesia

La misión es el respirar de la existencia cristiana. No se puede considerar más y tratarla como algo marginal a las cosas importantes de la Iglesia; no se puede subordinar todavía al régimen de delegación, en la que se le ha confinado durante siglos. La misión es deber de toda la Iglesia, que debe hacer presente el Verbo al Mundo, como es la tercera parte de la exhortación apostólica *Verbum Domini*.

Ésta sitúa la actividad misionera en el núcleo mismo de la vida y de la misión de la Iglesia. Por extensión y por tratamiento explícito, es un documento esencialmente “misionero”, porque por primera vez la misión evangelizadora es situada en la estructura profunda del dato de fe y de la reflexión teológica. Un buen paso adelante, del que quizás no todos han

advertido sus consecuencias, y que debería llevar a los teólogos a examinar y a revisar toda la estructura teológica. En verdad, se dice que todas las actividades de la Iglesia convergen hacia el anuncio explícito del Evangelio como a su punto de partida y de llegada, siendo la palabra de Dios, escuchada y que hay que anunciar (el kerigma), la categoría fundadora de la fe y de la teología.

Esta mi reflexión, pues, no pretende ofrecer solamente algunas indicaciones para un estudio teológico, sino que quiere situarse también en función de una praxis apostólica. Porque evangelización es praxis, y no es un juego de ideas que a veces difícilmente iluminan la praxis. Las dos deben caminar al unísono. De lo contrario continuaremos recibiendo el reproche de la Asociación Internacional de los Teólogos del Tercer Mundo, reunida en Dakar en 1975, cuando liquidó a la teología occidental como estática, irrelevante e inútil para sus Iglesias.

A teólogos como son ustedes, es inútil y no sería correcto, detenerse en la evolución de la teología y de la praxis que se han dado durante el último siglo, y especialmente con el Vaticano II, que no fue tanto el comienzo, sino la conclusión de un malestar apostólico, que se apaciguó en parte con los documentos conciliares, en los que la *Missio ad Gentes* encontró una ubicación clara dentro de una relectura del misterio cristiano, de la Iglesia y de la líneas de antropología teológica subyacente a toda la producción conciliar.

Aquella grande asamblea verdaderamente católica, en la que pudieron participar Obispos provenientes de todas las partes del mundo, de aquellos que se encontraban en las fronteras geográficas y antropológicas de la humanidad, inauguró una nueva época de la evangelización. La Iglesia llegó a ser extrovertida, no cerrada en sí misma, sino abierta al mundo, objeto de predilección de Dios y de la actividad misionera. El término evangelización se convirtió en el término más usado, y prácticamente llegó a ser la prioridad de la acción de la Iglesia.

Aunque proféticamente presente en las reflexiones conciliares, el término evangelización indicó no solamente la primera evangelización de los así llamados pueblos “paganos”, en sentido más bien geográfico, sino también de aquellos grupos humanos, aquellas realidades culturales y religiosas, que no tenían ninguna referencia con el cristianismo ni con el Evangelio de Cristo.

Más tarde, poco a poco, se ha abierto camino una distinción dentro de esta realidad. Se habla ahora de Nueva Evangelización, para la que incluso el Papa Benedicto XVI ha sido instituido un dicasterio.

1. Compromiso decidido de todos en la *missio ad Gentes*

Se ha reiterado «la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la *missio ad gentes*» (*Verbum Domini* 95), «porque la Palabra de Dios es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier época» (95).

«La misión de anunciar la Palabra de Dios es un cometido de todos los discípulos de Jesucristo, como consecuencia de su bautismo» (94).

La Palabra de Dios «nos concierne como destinatarios de la revelación» (91), por lo cual nosotros estamos o debemos estarlo, bajo el dominio de la Palabra, casi marcados a fuego por ella, de la cual debe hacer que dependa su vida y el ministerio misionero. Solamente así somos capacitados para el anuncio (cfr. 91).

Estudiar, contemplar, responder y vivir según la Palabra de Dios, en vistas del anuncio, es la vida y la misión de la Iglesia y de cada fiel.

Teología, Espiritualidad, Catequesis, Liturgia, Sacramentos, Caridad, deben tener como motivo inspirador, contenido y finalidad el Verbo Encarnado, Jesucristo, que constituye un agujón en la carne del Apóstol y del teólogo, para que no cedan a la tentación de reducir la evangelización a un proyecto de liberación intramundano, escondiendo o callando la dimensión trascendente de la salvación que Dios ofrece en Cristo.

Escrutar la Sagrada Escritura debe llegar a ser la fuente de todos los aspectos de la vida cristiana, de la misión y de la reflexión teológica, porque es su principio fundamental, porque la Escritura habla de Cristo, **el Hijo de Dios hecho hombre, por medio del cual** Dios ha entrado en la historia humana para llevar a la humanidad y al universo a su plena realización.

Misión de la Iglesia: anunciar la Palabra de Dios al Mundo, Verbum Mundo, es cuanto se trata en la tercera parte de la exhortación apostólica, en la que se reitera *La necesidad del anuncio explícito,* y *La urgencia encontrar de nuevas formas para poder comunicar eficazmente la Palabra de Dios* (97).

La historia llena de dificultades de la Evangelización del post-concilio a hoy justifica la importancia particular dada a estos dos aspectos.

Los misioneros se han encontrado desubicados ante los cambios extraordinarios de la humanidad. Se han derrumbado sus convicciones y las tradiciones. La metodología de la evangelización, la formación y la animación han sido puestas en discusión. La vía tradicional de la evangelización ya no era transitable.

Y era necesario actualizar y purificar la comprensión del misterio cristiano, el sentido de la vocación, la espiritualidad, los objetivos, los ambientes y los destinatarios de su actividad.

Contemporáneamente, la escena política mundial se iba transformando profundamente. La independencia reconquistada de los países asiáticos y africanos de las potencias colonizadoras occidentales, la lucha de los países latinoamericanos para liberarse de regímenes totalitarios, determinaban, consiguientemente, una revaloración de las culturas y de las religiones locales en vistas de una reapropiación de las identidades nacionales. Así, se iba determinando el rechazo de todo cuanto es occidental, no solamente de los elementos culturales, sino también los religiosos. El cristianismo, los misioneros y las mismas Iglesias locales son vistos como elementos desestabilizadores.

Se parte en búsqueda de caminos nuevos. Se ponen en práctica diferentes tipos de presencia: compartir con los últimos, viviendo en ambientes sencillos, sobre todo rurales, sin la fuerza y la seguridad de la estructura eclesial; contemplación en ashram, para volver a encontrar el gusto de la oración y la meditación e calarse en el ambiente cultural-religioso; participación en la vida social y cultural, religiosa, de los grupos predominantes...

Pero se está poco preparados, porque los caminos nuevos requieren una preparación humana, espiritual y teológica que no se podía improvisar.

2. ¿Qué evangelización?

Estoy de acuerdo con la idea de Pablo VI de que no se puede dar una definición de la evangelización, sino solamente una descripción parcial y provisional. De todas las maneras, en estas últimas décadas se ha verificado:

1. una comprensión y una ampliación del término y de la actividad de evangelización;
2. la interdependencia o conexión entre Evangelización, atención pastoral y nueva evangelización;
3. un salto cualitativo en la formación cultural y teológica.

Hoy nos encontramos ante una situación religiosa muy diversificada y cambiante. Baste pensar en algunos fenómenos como el urbanismo, las emigraciones de masa, el movimiento de los prófugos, descristianización de los países de antigua cristiandad, la influencia emergente del Evangelio y de sus valores en países de mayoría no cristiana, la abundancia de mesianismos y de sectas religiosas. De aquí nace el contraste con áreas de antigua cristiandad, que es necesario reevangelizar. Se prefiere utilizar el sustantivo «misión» en singular y el adjetivo «misionero» para calificar cada actividad de la Iglesia. Este trabajo ha producido la así llamada vuelta o «repatriación» de las misiones en la misión de la Iglesia, el confluir de la misionología en la eclesiología y la inserción de ambas en el designio trinitario de salvación. Por esto, la evangelización ya no es una tarea al margen de la Iglesia, sino que se encuentra incluida en el núcleo de su vida, como compromiso fundamental de todo el Pueblo de Dios (cfr. *Redemptoris Missio*, 32).

Como consecuencia, «no es fácil definir los confines entre *atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica*, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados» (*Redemptoris Missio*, 34).

Todo esto indica que la misión se encuentra en el corazón mismo de la Iglesia, más aún, se identifica con su ser apostólica. Como paradigma explicativo y omnicompreensivo, conforma a toda su actividad. Por esto es muy significativa la expresión: La Iglesia es misión.

Efectivamente, esto se encuentra inscrito en el ADN del cristianismo. La historia y la teología del cristianismo primitivo son, sobre todo, historia de la misión y teología de la misión (Hengel 1983). «La misión fue, en sus inicios, una expresión fundamental de la vida de la Iglesia. Los comienzos de una teología misionera son también, por eso, los comienzos de la teología cristiana en cuanto tal» (Heinrich Kasting, 1969).

Por eso, está muy bien dicho que la misión es la madre de la teología (Martin Kähler, 1908). Ya los escritores del Nuevo Testamento escribían en el contexto de una situación de emergencia, de una Iglesia que estaba obligada a hacer teología en virtud de su encuentro misionero con el mundo. Los Evangelios fueron escritos con la finalidad de recomendar al mundo mediterráneo a Jesucristo (cfr. Schussler Fiorenza, 1976).

La actividad evangelizadora se expresa en una mentalidad nueva, capaz de fundar la comunidad humana en la dignidad y libertad que Cristo ha traído para todos. Es un hacer que el anuncio del Evangelio sea comprensible, significativo e integral, liberador para cada grupo humano en su identidad cultural y religiosa.

Esto implica el estudio, el conocimiento profundo tanto del mensaje de Cristo cuanto de las situaciones existenciales de los pueblos. Implica la aceptación de las diferencias de los modelos antropológicos y de las interpretaciones y sistemas teológicos. Por esto, la teología de la liberación es un intento de inculturación; la teología del Reino aplicada en Oriente, un intento de inculturación; las interpretaciones teológicas en contexto, y las nuevas expresiones litúrgicas: todo esto forma parte del proceso nunca acabado de inculturación. Esto ha puesto en movimiento la creatividad, la sensibilidad humana y cultural, respecto a las diferentes maneras de cómo el hombre ha organizado los propios modelos de vida. Se ha dado un cambio continuo de mentalidad, que considera definitivo solamente la sustancia del Evangelio y de la fe cristiana, no las formas exteriores con las que se ha expresado. Y dado que el Evangelio toca a todas las expresiones y las actividades humanas, que encuentra concreciones históricas según los tiempos, así el proceso de inculturación las ha tocado todas.

Este es el motivo por el que la evangelización como la misión requiere una atenta inculturación, que se puede actuar solamente por medio de un proceso de espiritualidad kenótica.

La *Verbum Domini* responde a esta vasta problemática con la referencia y la iluminación de la Palabra de Dios. Todos los aréopagos y sectores de la evangelización, su contenido, las formas de presencia, la metodología apostólica, deben tomar forma según la historia del Verbo Encarnado. Esta es la vía maestra, de la que después nacen todas las demás. La pastoral, la nueva evangelización y la evangelización son puestas directamente bajo el dominio de la Palabra, de Jesucristo, el centro con el que toda actividad debe confrontarse directamente. A su luz se podrá realizar realmente una evangelización inculturada, porque el *Verbum Domini* continúa siendo el paradigma obligatorio de la Iglesia que echa raíces y encuentra acomodo entre los hombres.

Lo que comporta también un salto cualitativo en la formación humana, cultural y teológica de los líderes del Pueblo de Dios y de cuantos se encuentran relacionados directamente en la actividad de evangelización. Se trata de un cambio de ruta.

3. Formación teológica

La percepción emergente entre los años 60 y 80 del siglo XX de una crisis profunda de la identidad cristiana y de la problemática de la pertenencia eclesial, ha mostrado la inalienable función inculturativa de la teología, de la pastoral y de la catequesis en relación con el lugar antropológico-cultural en el que expresa la pregunta por el sentido. Es claro, sobre todo a partir de la encíclica *Evangelii Nuntiandi*, que el vínculo entre teología-evangelización-cultura es inherente a la epistemología teológica. «La teología está llamada a afrontar a nivel crítico-científico el problema de una *síntesis* entre “cultura, historia y fe”, en la convicción de que un mensaje de salvación *no muestra su “eficacia universal” si no operando a fondo, no*

solamente a nivel epidérmico, en el lugar en el que el hombre, concreta e históricamente vive»¹.

La formación teológica y cultural² no puede no estar vinculada con la dimensión misionera y pastoral. Más aún, la correlación entre los dos aspectos es vital, precisamente en virtud de lo que caracteriza el ejercicio de la reflexión teológica y de su perspectiva formadora. Si la misionariedad de la Iglesia está al servicio del anuncio de la Palabra para que cada hombre pueda descubrir la belleza de llegar a ser cristiano³, el objetivo de la formación debe prestar atención a las instancias de una pedagogía de la fe que sepa tener en cuenta la complejidad de la historia y de la humanidad, apuntando a la calidad de la identidad cristiana en una experiencia eclesial concreta.

3.1. *Saber crítico y comunicación de la fe*

Hemos dicho que la misión es la madre de la teología (Martin Khaler, 1908).

En la conciencia eclesiológica neotestamentaria, la reflexión teológica se inscribe en la exigencia de relacionar y tematizar el *kerigma* y su definición dogmática⁴. Esto procede del hecho de que el anuncio de la novedad y de la alteridad del Evangelio en los diferentes contextos socioculturales ha indicado instancias y procesos para una reflexión teológica capaz de saber “dar razón” (1 Pe 3, 15), del acontecimiento revelador de Jesucristo y de su extraordinario impacto en orden a la verdad de Dios y a la verdad del hombre. Aquí nace el proceso de evangelización que, mientras determina una lenta pero inexorable conversión cultural, inaugura un tiempo en el que la dinámica misionera redefine lentamente la identidad cristiana en contacto constante con los desafíos y las provocaciones de las culturas y de las religiones, con sus valores simbólicos y existenciales.

El modelo que inspira la evangelización es la encarnación (cfr. *Redemptoris Missio*, 5)⁵, el acontecimiento de la *kénosis*, del que la teología está llamada a ser “inteligencia” (cfr. *Fides et Ratio*, 93). Dicho con otras palabras: la evangelización es inculturación del Evangelio, cuya dimensión *escatológica*⁶ indica que el contenido del mensaje cristiano no se puede reducir a

¹ M. BORDONI, *Riflessioni introduttive*, en I. SANNA (ed.), *Il sapere teologico e il suo metodo. Teologia, ermeneutica e verità*, EDB, Bologna 1993, 12–13.

² Sobre la exigencia de una reconsideración actual de la formación en las Facultades teológicas y en los Seminarios, cfr. G. BETORI, *Facoltà teologiche e progetto culturale della Chiesa italiana*, en “ho theologos” 20 (2002) 109–125; G. MUCCI, *La formazione degli alunni nei seminari maggiori*, en “La Civiltà Cattolica” 2003 I 221–228.

³ Cf. la riqueza y la reflexión estructurada presente en L. MEDDI (ed.), *Diventare cristiani. La catechesi come percorso formativo*, LucianoEditore, Napoli 2002.

⁴ Cf. H. SCHLIER, *Kerygma un Sophia. Zur neutestamentlichen Grundlegung des Dogma*, en ID, *Die Zeit der Kirche. Exegetische Aufsätze und Vorträge*, Verlag, Freiburg i. Br. 1955, 206–232. Continúan siendo decisivas las reflexiones de H. DE LUBAC, *La Foi Chrétienne. Essai sur la structure des Symbole des Apôtres*, Paris 1969.

⁵ Cfr. CONGREGAZIONE PER L’EVANGELIZZAZIONE DEI POPOLI – PONTIFICIA UNIVERSITÀ URBANIANA, *A dieci anni dall’Enciclica Redemptoris Missio*, Urbaniana University Press, Roma 2001.

⁶ Véanse las reflexiones de R. PENNA, *Gesù Cristo Salvatore: cristologia e sue implicanze missiologiche*, en G. COLZANI – P. GIGLIONI – S. KAROTEMPREL (editores), *Cristologia e Missione oggi*. Atti del Congresso Internazionale di Missiologia. Pontificia Università Urbaniana – International Association of Catholic Missiologist (Roma 17–20 ottobre 2000), Urbaniana

simples esquemas culturales del momento histórico, sino que los supera aunque sea en la situación condicionada e histórica del anuncio. En virtud de esta *alteridad*, que remite a la lógica de la revelación trinitaria en la presencia histórica de Jesús, el Evangelio puede conjugarse con la cultura y las culturas. La consecuencia de esto es que la tarea teológica se alimenta de la praxis pastoral y de la visión misionera. En tal sentido, la teología que se sitúa en escucha de la revelación, está llamada a “*re-decir*” este acontecimiento al hombre de cada tiempo. Consiguientemente, una teología que esté en grado de acoger al hombre y a su historia como “lugar hermenéutico” para una comprensión cada vez más plena y renovada del acontecimiento mismo de la revelación y de su anuncio⁷. Una consecuencia decisiva es que el saber crítico de la fe y la comunicación de la fe se pertenecen e interactúan mutuamente. Esto equivale a decir que la *dimensión misionera* es constitutiva de la reflexión teológica, y no es un aspecto periférico de la misma.

La teología (y su método)⁸ está íntimamente unida a los interrogantes que provienen de la vida y a los desafíos que la comunidad eclesial está llamada a afrontar en su testimonio del Reino. Precisamente la instancia de la misión, como profecía histórico-salvífica del Reino, dice que la reflexión teológica se inscribe en el *ser-sacramento* de la Iglesia. «Si se toma la Iglesia en serio, la teología tendrá que ser, como ella, una función del Reino de Dios en el mundo. Y en esta función del Reino de Dios, la teología asume también las esferas de la vida política, cultural, económica y ecológica de una sociedad [...]. En cada uno de estos ámbitos, la teología del Reino de Dios es teología pública, que participa, pues a la *res publica* de la sociedad, y se implica “en términos críticos y proféticos”, porque ve la realidad pública en la perspectiva del Reino de Dios que viene»⁹. Con otras palabras, significa que la teología está siempre *en contexto*, es decir, interpreta el significado del proyecto de Dios para la historia y el mundo en el que se vive y se piensa la fe en circunstancias determinadas.

3.2. *En vistas de una formación adecuada*

La ascunción, por parte de la reflexión teológica, de la dimensión misionera, amplía el campo del ejercicio teológico y de sus repercusiones en un adecuado camino de formación que tenga presente la complejidad dentro de la perspectiva de una sistematicidad. Contemporáneamente, hay que decir que, si bien el concepto mismo de misión¹⁰ esté experimentando un progresivo desplazamiento de su sentido, éste, sin embargo, indica, en la atención a las personas y a su simbología cultural y religiosa, un horizonte de referencia inequívoca. Según la lectura y las sugerencias de D. Bosch¹¹, la misionología tiene una función doble en el cuadro de la teología.

University Press, Roma 2001, págs. 364–372, y de G. BIGUZZI, *Unicità del Cristo nel Nuovo Testamento*, *Ibidem*, págs. 83–89.

⁷ Cfr. C. ROCCHETTA, *Qualità pastorale di una teologia ermeneutica*, MIDALI –TONELLI (editores), *Qualità pastorale*, 75.

⁸ Es significativa la insistencia sobre el vínculo teología-vida que connota la reflexión sobre el método teológico de J. WICKS, *Introduzione al metodo teologico*, Piemme, Casale Monferrato 1994, págs. 9–10; 95 y 128–129, el cual escribe claramente: “La teología es para la vida” (129).

⁹ J. MOLTMANN, *Dio nel progetto del mondo moderno. Contributi per una rilevanza pubblica della teologia*, Queriniana, Brescia 1999, pág. 238.

¹⁰ Cfr. G. COLZANI, *Missione. Bilancio di un concetto fondamentale, dalla Redemptoris Missio ad oggi*, en DOTOLO (ed.), *La Missione oggi*, págs. 9–35.

¹¹ D. BOSCH, *La trasformazione della missione. Mutamenti di paradigma in missiologia*, Queriniana, Brescia 2000, págs. 676–688.

- a) Una función *dimensional*: la misionología, en el ámbito de una concepción amplia de la *misión*, está llamada a impregnar la reflexión teológica, en la recuperación de aquella universalidad del Evangelio que relaciona la verdad de Dios en favor del hombre y la novedad de Jesucristo y de su Espíritu en favor por la búsqueda de sentido y de salvación que habita en las vicisitudes de la historia humana. En este sentido, es más evidente que nunca la presencia no exclusiva de *diferentes interlocutores* de la teología del siglo XXI. «Pero, en el mundo contemporáneo, ¿cómo puede la teología sistemática [...] permitirse descuidar las ideologías anticristianas y las creencias de los que profesan otra fe? Crucial, de la misma manera, ¿cómo puede la teología sistemática occidental continuar actuando como si fuera universalmente válida y rechazar la indispensable contribución al pensamiento teológico de las situaciones del Tercer Mundo? ¿Cómo puede, incluso, permanecer ciega al propio carácter misionero innato? Si ignora la pregunta: “¿Por qué la misión?”, ignora implícitamente también las preguntas: “¿Por qué la Iglesia?” y “¿Por qué el Evangelio mismo?”»¹².
- b) Una función *intencional* de la misión: temáticas como el primer anuncio, la inculturación, la liberación, el diálogo, el desarrollo sostenible, la vuelta de lo religioso, la no creencia, no constituyen un problema relacionado con las otras Iglesias, sino que representan ámbitos para una creatividad teológica que puede, esto sí, enriquecerse en la confrontación crítica con la praxis misionera. Con otras palabras, la tarea de la misionología se sitúa dentro de una atenta reflexión de la sistemática teológica, pero también es aguijón crítico que evita cualquier inclinación al provincialismo teorético o a la fragmentación teológica y cultural. En tal óptica hay que leer la indicación de una tensión hacia el futuro por parte de la teología, así como escribe R. Fisichella: «En este escenario, es oportuno que la teología posea una visión cósmica, más aún, planetaria; esto significa crecer en la conciencia de que no se puede permanecer encerrados en los esquemas fijos de la sola teología occidental, sino que hay que ampliar la mirada hacia las riquezas de la teología de oriente y, en esta perspectiva, abrirse a la recepción de “categorías, conceptos, valores, normas, modelos y tradiciones” que pertenecen a las Iglesias y culturas de África, Asia, América y viceversa»¹³.

3.3. *Una exigencia didáctica*

La formación cultural teológica es en vistas y en función del anuncio. Si como presbíteros y laicos comprometidos directamente en la evangelización estamos llamados a situarnos en la línea de la misión mesiánica de Cristo, en un mundo multiétnico, multicultural y multireligioso, entonces la teología debe convertirse en teología de la misión, teología del anuncio. Solamente de esta manera podremos superar lo que se experimenta dolorosamente como esquizofrenia entre teología y vida. Desgraciadamente, es necesario constatar que la dimensión misionera solamente despunta en una u otra parte, y, sin embargo, pertenece a la experiencia fundamental de la Iglesia, y es intrínseca a la profundización del misterio de Dios y de Jesucristo. Es la autocomprensión misma de la Iglesia; es la conjugación entre kerigma y dogma, entre comunicación de la fe y la vivencia del misterio de fe. Es la experiencia de fe de

¹² BOSCH, *La trasformazione della missione*, pág. 684.

¹³ R. FISICHELLA, *Che cos'è la teologia*, en R. FISICHELLA – G. POZZO – G. LAFONT, *La teologia tra rivelazione e storia. Introduzione alla teologia sistematica*, EDB, Bologna 1999, pág. 154. Son útiles las indicaciones de A. STAGLIANÒ, *Vangelo e comunicazione. Radicare la fede nel nuovo millennio*, EDB, Bologna 2001, págs. 31–82 y 169–184.

la comunidad cristiana, sobre la que se fundamente la reflexión teológica, realizada por aquello que se llama ejercicio teológico-pastoral. Se trata de dar razón de la propia fe a quienquiera que lo pida, pero también a quien no lo pide. Nos debe decir la verdad de dios y del hombre, nos debe explicar Jesucristo, el “mucho más” del hombre. Que nosotros debemos introducir en las culturas, para que sostenga y valore las diversidades culturales, así como Pentecostés, la Epifanía del Espíritu, fue la celebración de las diversidades culturales de los pueblos, de todos los pueblos. Sintamos la necesidad de una teología en contexto, porque estamos preocupados esencialmente por el anuncio, que debe ser significativo y eficaz para todos.

Solamente así el estudio de la teología hará de nosotros el hombre cristiano, porque investirá el ser mismo de nuestra vida cultural.

Si la Iglesia en este tiempo favorable está llamada a salir de sí misma para llevar el anuncio al mundo, entonces debe poco a poco realizar una reflexión seria sobre los currículos y sobre el planteamiento mismo de la estructura teológica. Signos de esta necesidad son las solicitudes continuas del magisterio universal y el de las Iglesias locales a realizar un salto de calidad también en la cultura teológica. Hoy estamos ante una situación social, cultural y religiosa de la humanidad que es cualitativamente diferente. Para el occidente, la postmodernidad, la globalización y el revival de las grandes religiones exigen de nosotros una preparación adecuada que nos sitúe en grado de comunicar el Evangelio. Estos desafíos, se ha dicho, no son conjeturas del tiempo, por eso nos exigen solamente que estemos atentos a la historia, y quizás que realicemos también un vuelco en la reflexión sistemática del dato de ge cristiana. La realidad del anuncio, o del comunicar el Evangelio en el Mundo contemporáneo, debe constituir un aguijón en la carne de nuestra manera de teologizar, debe llegar a ser interlocutora dentro de nuestra reflexión sistemática de fe. Los deseos que expresamos, quizás todavía inconscientemente, advertimos la urgencia y la necesidad de un cambio de rumbo, porque somos entusiastas ante los desafíos, pero también estamos preocupados y ansiosos de preparación para afrontarlos, se pueden articular de la siguiente manera:

Es urgente:

- profundizar y hacer prioritaria la teología de la misión, orientando en tal sentido toda la reflexión teológica, y que sea casi el principio unificador y la estructura fundadora;
- profundizar el misterio del hombre, para que no se de una separación de la Iglesia y del mundo, que son compañeros de tienda;
- construir con mayor insistencia una teología que sea en diálogo, por una confrontación seria y competente con la sociedad contemporánea, con una mayor apertura hacia contextos culturales y religiosos mundiales;
- Evitar una excesiva europeización de la teología, casi como si se la tuviera como la única seria y válida, mientras que la Asociación de los Teólogos del Tercer Mundo, en Dakar, en el lejano 1975, denunciaba la teología occidental como académica, irrelevante, poco influyente en la formación del cristiano y de la comunidad cristiana.

Es una teología que, por conveniencia, denominamos misionera. No se trata de introducir un curso de misionología, sino de dar un respiro más amplio a la reflexión teológica, que debería hacerse bajo la perspectiva necesaria de la evangelización, si es ésta lo que justifica la existencia y la actividad de la Iglesia.

Prácticamente, es necesaria una formación cultural teológica que sea:

1. **relevante y significativa**, que ponga al obrero del Evangelio en la condición de leer de manera crítica y juzgar la historia a la luz de la Palabra de Dios.
2. **intercultural**, de manera que responda a las exigencias de las actividades pastorales de hoy, que tiene que tener en cuenta la comunidad humana y cristiana, que ya no es homogénea, sino multiétnica, multicultural y multireligiosa.
3. **dialógica**, en cuanto que el cristiano hoy está obligado a ponerse en diálogo con otras confesiones cristianas y con otros mensajes salvíficos de otras religiones, sea en su comunidad humana, sea como enviado a otras Iglesias de otros países.
4. **orientada al anuncio**, a una sociedad que no tiene como punto de referencia el cristianismo.

Por lo cual, no se deberían descuidar cursos que puedan contribuir a formar esta mentalidad, como por ejemplo:

- Antropología cultural
- Estudio de las grandes religiones
- Metodología de evangelización
- Ecumenismo
- Diálogo intercultural e interreligioso
- Atenta reflexión de las disciplinas que se refieren al aspecto pastoral, como la catequesis, el mundo de las comunicaciones sociales, etc.

Pero se trata de dar consistencia a toda la estructura teológica, en su alcance evangelizador, teniendo presentes las indicaciones del Vaticano II, que en la *Dei Verbum*, en la *Lumen Gentium*, en la *Gaudium et Spes* y en el *Ad Gentes* y, por último, en la *Verbum Domini*, ha descrito y considerado la naturaleza misma de la Iglesia en relación con el mundo, al que es necesario ofrecer la Salvación que Cristo ha traído.

Por esto, al menos como inicio apremiante del discurso de renovación, veríamos finalmente como algo deseable que la teología de la evangelización se ponga como parte integrante en el currículo de los estudios teológicos, que se introdujesen cursos, aunque fueran seminarios, sobre la inculturación, sobre la teología de las religiones, sobre el diálogo interreligioso e intercultural. La interculturalidad debería llegar a ser un elemento necesario y común a toda la estructura teológica. En la actualidad, sería necesario ofrecer instrumentos para estas nuevas sensibilidades y exigencias, como viajes de estudios al extranjero, intercambio de profesores de diferentes proveniencias culturales y religiosas, admisión de estudiantes extranjeros en nuestras facultades teológicas.

4. Dicasterio para la Nueva Evangelización

Algunas observaciones sobre el nuevo Dicasterio, porque creo que el contenido forme parte de cuanto ya he dicho antes.

Con el Motu proprio **Ubicumque et Semper**, el Santo Padre Benedicto XVI ha instituido el pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. El motivo principal de su institución es la progresiva e imparable descristianización de los países occidentales, que en algunas zonas es tan grave que exige «*un renovado primer anuncio del Evangelio*». No se trata, pues, de algún aspecto del cristianismo sometido a un implacable juicio crítico, sino de un rechazo global apriorístico de la religión cristiana. Esta situación es la más grave, pero el

motu proprio enumera otras, de menor preocupación, donde será necesario **rehacer el tejido cristiano de las mismas comunidades eclesiales**.

El nuevo Dicasterio tiene, pues, como finalidad, la “Promoción de la Nueva Evangelización” (art. 1), especialmente en los países occidentales, pero no se excluyen tampoco los así llamados territorios de misión, cuando se verificaran las mismas situaciones de descristianización. Entre las tareas que se le asignan, cito:

1. profundizar el significado teológico y pastoral de la nueva evangelización;
4. estudiar y favorecer el uso de las formas modernas de comunicación, como instrumentos para la nueva evangelización;
5. promover el uso del Catecismo de la Iglesia Católica, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo.

A algunos les cuesta comprender la finalidad y los ámbitos precisos del nuevo Dicasterio, que necesitan ser estudiados y precisados. Surgen espontáneas estas preguntas:

¿Qué entiende el Motu Propio por nueva evangelización?

Creando un nuevo Dicasterio para la Nueva Evangelización, ¿no se corre aún más el riesgo de reducir la *Missio ad Gentes* a una actividad marginal, negando de hecho aquella interdependencia que se afirma en la *Redemptoris Missio* entre atención pastoral, evangelización y nueva evangelización?

Y, si se trata del “primer anuncio”, como se dice en *Ecclesia in Europa*, ¿a qué Dicasterio le corresponde promoverlo?

¿Qué relación con las Iglesias locales, responsables directas de la evangelización y de la nueva evangelización?

¿Qué relación entre este Dicasterio y los otros, especialmente con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos?

Estas y otras cuestiones necesitan una reflexión profunda, para dar un rostro preciso a esta nueva realidad institucional, y evitar, en la medida de lo posible, invasiones de campo e incomprensiones.

5. ¿Qué es la nueva evangelización?

Se tendrá una percepción exacta de la nueva evangelización si se consideran los destinatarios a los que se dirige esta actividad.

Se necesita una «nueva evangelización», o «reevangelización» (*Redemptoris Missio*, 33).

- En metrópolis o en tierras cristianas que se han convertido en «países de misión» (*Redemptoris Missio*, 34).

- A grupos enteros de bautizados que han perdido el sentido vivo de la fe, o incluso que ya no se reconocen como miembros de la Iglesia, conduciendo una existencia lejana de Cristo y de su Evangelio.

Solamente una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe transparente y profunda. «**Pero la condición es que se rehaga la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones**» (Motu proprio *Ubicumque et Semper*, citando la exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, n. 34). Ciertamente, esto debe propiciar un salto de calidad de la formación teológica y, especialmente, de los ministerios ordenados, en cuanto que éstos están todos llamados a ser no solamente pastores, sino también evangelizadores. Lo que requiere una revisión de los procesos formativos humanos, espirituales y pastorales, pero informados y apoyados en una formación teológica, que prepare al futuro ministro a lanzarse a la actividad de la evangelización. Se requerirá, como decía un Obispo profeta en Italia, Mons. Tonino Bello, un viaje alrededor de dios y del hombre, de otra manera, todos los ideales de los nuevos presbíteros y de los nuevos mensajeros de paz, morirán a la sombra de su propio campanario.